
ANNE RICE

El Ladrón de Cuerpos



Lestat ha gozado de una existencia cómoda, su supremacía indiscutida en el mundo de la noche colmaba sus aspiraciones. Pero una duda le llevará a replantearse la razón de su existencia. Impulsado por su afán de conocer —a la vez intelectual y argumental, racional y vital— que por primera vez hará tambalear los cimientos de su reinado de penumbras.

*Para mis padres,
Howard y Katherine O'Brien.
Vuestros sueños y vuestro valor
estarán conmigo
todos los días de mi vida.*

Sailing to Byzantium

by W.B. Yeats

I

*That is no country for old men. The young
In one another's arms, birds in the trees
—Those dying generations— at their song,
The salmon-falls, the mackerel-crowded seas,
Fish, flesh, or fowl, commend all summer long
Whatever is begotten, born, and dies.
Caught in that sensual music all neglect
Monuments of unageing intellect.*

II

*An aged man is but a paltry thing,
A tattered coat upon a stick, unless
Soul clap its hands and sing, and louder sing
For every tatter in its mortal dress,
Nor is there singing school but studying
Monuments of its own magnificence;
And therefore I have sailed the seas and come
To the holy city of Byzantium.*

III

*O sages standing in God's holy fire
As in the gold mosaic of a wall,
Come from the holy fire, perne in a gyre,*

*And be the singing-masters of my soul.
Consume my heart away; sick with desire
And fastened to a dying animal
It knows not what it is; and gather me
Into the artifice of eternity.*

IV

*Once out of nature I shall never take
My bodily form from any natural thing,
But such a form as Grecian goldsmiths make
Of hammered gold and gold enamelling
To keep a drowsy Emperor awake;
Or set upon a golden bough to sing
To lords and ladies of Byzantium
Of what is past, or passing, or to come.*

Navegando a Bizancio

por W.B. Yeats

I

No es país para viejos. Jóvenes
abrazados, pájaros en las ramas
—esas generaciones moribundas— a su canto,
cataratas de salmones, mares repletos de caballos,
pez, carne, o ave, celebran a lo largo del verano
todo aquello que se engendra, nace y muere.
Presos en tal música celestial, todos olvidan
los monumentos del imperecedor intelecto.

II

Cosa mezquina es un viejo,
raído gabán sobre una estaca, a menos
que el alma palmee y cante, y eleve su canción
por cada jirón de su mortal atavío,
no hay escuela de canto sino sólo el estudio
de los monumentos de su propio esplendor;
por eso crucé los mares y he llegado
a la sagrada ciudad de Bizancio.

III

Oh sabios erguidos en el fuego divino
cual áureo y mural mosaico,
venid del sagrado fuego, huso que gira,

*y sed los maestros cantores de mi alma.
Consumid mi corazón; doliente de deseo
y atado al animal moribundo
que ignora su ser, y recogedme
en el artificio de la eternidad.*

IV

*Libre de natura jamás tomaré
forma corpórea de cosa alguna natural,
sino formas como aquellas que el orfebre griego
en oro forjara y esmaltara
para mantener despierto al somnoliento emperador;
o para cantar sobre la rama dorada
a las damas y señores de Bizancio
lo que pasó, está pasando o pasará.*

PRÓLOGO

Soy Lestat el Vampiro, y tengo una historia que contaros. Se trata de algo que me ha acontecido.

Empieza en Miami, en 1990, y mi intención es comenzar desde ahí, os lo aseguro. Pero es importante que os hable de los sueños que había tenido antes de ese momento, pues también juegan un importante papel en mi relato. Me refiero a los sueños sobre una chiquilla vampira de mente femenina y cara de ángel, y a un sueño en el que aparecía David Talbot, mi amigo mortal.

Pero también a los que evocaban mi juventud mortal en Francia: las nieves invernales, el castillo de mi padre en la Auvernia, yermo y en ruinas, y la vez en que salí a cazar una manada de lobos que estaba cebándose en nuestro pobre villorrio.

Los sueños pueden ser tan reales como los hechos. O así me lo pareció más tarde.

Y, cuando se iniciaron, yo me hallaba en un estado de ánimo sombrío; era un vampiro vagabundo que erraba por la tierra, a veces tan cubierto de polvo que nadie se fijaba en absoluto en mí. Era un alivio tener un cabello rubio, hermoso y abundante; unos penetrantes ojos azules, unas ropas deslumbrantes, una sonrisa irresistible y un cuerpo bien

proporcionado de un metro ochenta de estatura que, a pesar de sus doscientos años, podía pasar por el de un joven mortal de veinte. Con todo, seguía siendo un racionalista, un hijo de la Ilustración, en la que había vivido antes de mi nacimiento a la Oscuridad.

Pero, a finales de la década de los ochenta, era muy poco lo que quedaba en mí de aquel vampiro de antaño, inexperto y lleno de vigor, tan apegado a su clásica capa negra y a su encaje de Bruselas; de aquel gentilhombre de bastón y guantes blancos que bailaba bajo la lámpara de gas.

Gracias al sufrimiento y al triunfo y a la sangre de nuestros vampiros de más edad, me había transformado en una especie de dios oscuro. Tenía poderes que me dejaban perplejo y, a veces, incluso asustado. Tenía poderes que me hacían sentir acongojado, aunque no siempre comprendía por qué.

Por ejemplo, podía desplazarme por los aires a voluntad y surcar los vientos nocturnos a grandes distancias con la facilidad de un espíritu. Podía manipular y destruir la materia con el poder de mi mente. Podía encender un fuego con sólo desearlo. También podía llamar con mi voz preternatural a otros inmortales desde países o continentes distantes y era capaz de leer la mente de vampiros y humanos sin esfuerzo.

No está mal, diréis. A mí, me repugnaba. Sin duda, por añoranza de mis antiguos yoes: el muchacho mortal y el espectro recién nacido, un día tan dispuesto a alcanzar la excelencia en la maldad, si tal era su trágico destino.

Enteraos bien: no soy un pragmático. Tengo una conciencia sutil y despiadada. Habría sido un sujeto agradable. Tal vez lo sea, a veces. Pero lo que he sido siempre es un hombre de acción. La añoranza no conduce a nada, y tampoco el miedo. Y acción es lo que vais a encontrar aquí, tan pronto concluya esta introducción.

Recordad que los comienzos siempre son difíciles y, la mayoría de las veces, artificiales. Fue la mejor de las épocas, y también la peor... ¿de veras? ¡Tiempos...! Y no todas las familias felices son parecidas; incluso Tolstoi debió de darse cuenta de ello. No me vale con un «Al principio», con un «Me arrojaron del camión del heno a mediodía», o los habría utilizado. Siempre aprovecho todo aquello que puedo, creedme. Y, como dijo Nabokov en boca de Humbert Humert, «de un asesino siempre se puede esperar un estilo literario caprichoso». ¿Caprichoso? ¿No será sinónimo de experimental? Por supuesto, ya sé que soy sensual, florido, exuberante, húmedo; suficientes críticos me lo han dicho.

¡Ah!, tengo que hacer las cosas a mi manera. Y ya llegaremos al principio —si no es esto una contradicción—, os lo prometo.

De momento, debo explicar que, antes de que se iniciara esta aventura, también sentía añoranza de los demás inmortales que había conocido y amado, pues hacía mucho que se habían dispersado de nuestro último lugar de reunión de finales del siglo XX. Sería absurdo creer que queríamos formar de nuevo una asamblea. Uno tras otro, todos habían desaparecido en el tiempo y en el mundo, lo cual era inevitable.

A los vampiros, en el fondo, no les gustan los que son como ellos, aunque su necesidad de compañeros inmortales es desesperada.

Por esta necesidad hice mis novicios: Louis de Pointe du Lac, que se convirtió en mi camarada, paciente y a menudo amable, a lo largo del siglo XIX; y, con su involuntaria ayuda, la hermosa y condenada niña vampira, Claudia. Y durante estas noches solitarias de vagabundeo de finales del siglo XX, Louis fue el único inmortal a quien vi con frecuencia. Louis, el más humano de todos nosotros, el menos parecido a un dios.

Nunca me alejé demasiado de su cabaña, en la maraña de calles de la zona norte de Nueva Orleans. Pero ya llegaremos a eso. Louis aparece en esta historia.

La cuestión es que, en estas páginas, encontraréis muy poco acerca de los otros. De hecho, casi nada.

Excepto acerca de Claudia. Cada vez soñaba con ella con más frecuencia. Permitidme que os hable de Claudia. Había sido destruida hacía más de un siglo, pero yo sentía su presencia en todo instante, como si se hallara apenas al doblar la esquina.

Fue en 1794 cuando hice de la niña huérfana agonizante esa succulenta pequeña vampira, y transcurrieron sesenta años hasta que se levantó contra mí: *Te meteré en tu ataúd para siempre, padre.*

En aquella época dormía en ataúd, en efecto. Y menuda historia aquel extraordinario intento de asesinato, en el que se recurrió a víctimas mortales cebadas con venenos para nublar me la mente, y a afilados cuchillos que sajaron mis carnes blancas, antes de abandonar mi cuerpo, aparentemente inanimado, en las aguas hediondas de los pantanos que se extienden más allá de las mortecinas luces de Nueva Orleans.

Pues bien, no resultó. Hay muy pocas maneras seguras de matar a un no muerto. El sol, el fuego... Se debe procurar una destrucción total. Y, al fin y al cabo, estamos hablando del vampiro Lestat.

Claudia pagó por este crimen, pues más tarde fue ejecutada por una maléfica asamblea de bebedores de sangre que medraba en el ignominioso Teatro de los Vampiros, en el corazón mismo de París. Yo había quebrantado las normas al convertir en bebedora de sangre a una chiquilla tan joven y, sólo por esa razón, los monstruos parisinos ya habrían podido acabar con ella. Pero, además, Claudia había quebrantado también sus normas al intentar destruir a su hacedor, y cabe decir que ésta fue la razón lógica por la

que la dejaron expuesta a la brillante luz diurna que la redujo a cenizas.

Ésta es una manera despreciable de ejecutar a alguien, en mi opinión, pues quienes decretan la sentencia deben retirarse rápidamente a sus ataúdes y ni siquiera están presentes cuando el sol implacable da cumplimiento a la terrible condena. Pero eso fue lo que le hicieron a aquella criatura delicada y exquisita a la que había moldeado con mi sangre vampírica, a partir de una expósita sucia y harapienta de una ruinoso colonia española en el Nuevo Mundo, para hacer de ella mi amiga, mi alumna, mi amor, mi musa, mi compañera de caza. Y, sí, mi hija.

Si habéis leído *Confesiones de un vampiro*, ya conoceréis todo esto. Esas confesiones son la versión de Louis sobre el tiempo que estuvimos juntos. Louis habla de su amor por esa chiquilla nuestra y de su venganza contra quienes la destruyeron.

Si habéis leído mis libros autobiográficos, *Lestat*, *el vampiro* y *La reina de los condenados*, también lo sabréis todo respecto a mí. Ya conocéis nuestra historia y sabéis cómo aparecimos y cobramos existencia hace miles de años. Y sabéis que nos propagamos administrando con gran cuidado nuestra Sangre Oscura a los mortales cuando deseamos conducirlos con nosotros por el Sendero Diabólico.

Pero no es preciso que leáis esas obras para comprender ésta. Y tampoco aparecerá aquí el vértigo de los miles de personajes que poblaban *La reina de los condenados*. La civilización occidental no se tambaleará un solo instante. Y no habrá revelaciones de tiempos antiguos ni ancianos que confíen medias verdades y acertijos y respuestas esperanzadas que, en realidad, no existen ni han existido nunca.

No, todo eso ya lo he hecho antes.

Lo que ahora voy a narraros es una historia de hoy. Que nadie se confunda: éste es un capítulo de las Crónicas Vampíricas. Pero es el primer volumen auténticamente mo-

derno, pues acepta el aterrador absurdo de la existencia desde el principio y nos sumerge en la mente y en el alma de su protagonista —¿adivináis de quién se trata?— para descubrir lo que sucede en ellas.

Leed este relato y, conforme vayáis pasando las hojas, os proporcionaré todo cuanto preciséis saber sobre nosotros. Y, por cierto, ¡no son pocas las cosas que suceden en estas páginas! Como ya he dicho, soy un hombre de acción —el James Bond de los vampiros, si queréis— al que diversos inmortales han llamado el Príncipe Malcriado, el Ser Más Condenado y «tú, monstruo».

Los demás inmortales también andan por ahí, naturalmente: Maharet y Mekare, las más antiguas de todos nosotros; Khayman de la Primera Sangre, Eric, Santino, Pandora y otros a los que llamamos los Hijos de los Milenios. También corre por alguna parte Armand, el encantador anciano de cara de niño con cinco siglos a su espalda que un día dirigiera el Teatro de los Vampiros y, antes de ello, un aquelarre de bebedores de sangre adoradores del diablo que vivían bajo *Les Innocents*, el cementerio parisino. Armand siempre estará por alguna parte, espero.

Y Gabrielle, mi madre mortal e hija inmortal, aparecerá sin duda una noche cualquiera antes de que pase otro milenio, si tengo suerte.

En cuanto a Marius, mi viejo maestro y mentor, el guardián de los secretos históricos de nuestra tribu, está con nosotros y siempre lo estará. Antes del punto de arranque de esta historia, Marius acudía a verme de vez en cuando para reprenderme y suplicarme: ¿no iba a detener nunca mis muertes negligentes, que invariablemente terminaban por aparecer en las páginas de los periódicos mortales? ¿No iba a dejar nunca de importunar a mi amigo mortal, David Talbot, y de tentarle con el Don Oscuro de nuestra sangre? ¿Acaso no sabía que es mejor que no lo hagamos nunca más?

Reglas, reglas, reglas... Todos terminan siempre por hablar de reglas. Y a mí me encanta saltármelas igual que a los mortales les gusta estrellar sus copas de cristal contra los ladrillos del hogar después de un brindis.

Pero ya basta de hablar de los otros. La cuestión es que este libro trata de mí, de principio a fin.

Dejad que os hable ahora de los sueños que han venido a acosarme en mis andanzas.

Con Claudia era casi una obsesión. Justo antes de que mis ojos se cerraran cada amanecer, la veía a mi lado y escuchaba su voz en un susurro bajo y urgente. Y a veces volvía atrás en los siglos hasta el pequeño hospital colonial con sus hileras de camitas, donde agonizaba la pequeña huérfana.

Contemplo al apenado doctor, ese viejo barrigudo e impotente, mientras levanta el cuerpo de la pequeña. Y ese llanto, ¿quién llora? No era Claudia quien sollozaba. Claudia dormía mientras el doctor me la confiaba, creyéndome su padre mortal. Y en esos sueños está muy bonita. ¿Lo era tanto entonces? Sí, claro que lo era.

¡Me arrancasteis de manos mortales como dos monstruos siniestros de un cuento de hadas de pesadilla, padres inútiles y ciegos!

Sólo en uno de los sueños apareció David Talbot.

En él, David es joven y camina por un bosque de mangles. No es el hombre de setenta y cuatro años con el que había trabado amistad, el paciente y erudito mortal que una y otra vez rechazaba mis ofrecimientos de la Sangre Oscura, y que ponía su mano cálida y frágil en mi carne fría sin pestañear para demostrar el afecto y la confianza que existía entre los dos.

No; en el sueño es el David Talbot joven de hace tantos años, cuando su corazón no latía tan deprisa en su pecho. Pero está en peligro.

Tigre, tigre ardiendo, radiante.

¿Es suya la voz que susurra tales palabras o, por el contrario, es la mía?

Y de la luz moteada surge eso, con sus franjas negras y anaranjadas a semejanza de las luces y sombras, de modo que apenas resulta visible. Observo su cabeza enorme y la suavidad de su hocico, blanco y erizado, de largos bigotes delicados. Pero también observo sus ojos amarillos, apenas unas rendijas, llenos de una crueldad horrenda y ciega. ¡Los colmillos, David! ¿No ves esos colmillos?

Pero el mortal tiene más curiosidad que un chiquillo, mientras observa cómo esa gran lengua rosada toca su cuello y roza la fina cadena de oro que lleva en torno al mismo. ¿Se está comiendo la cadena? ¡Dios santo, David! ¡Los colmillos!

¿Por qué se me sofoca la voz en la garganta? ¿Estoy siquiera ahí, en el manglar? Mi cuerpo vibra mientras pugno por moverme, un gemido apagado escapa a través de mis labios sellados y cada gemido pone a prueba cada fibra de mi ser. ¡Cuidado, David!

Y entonces veo que ha hincado la rodilla y apunta el fusil, largo y reluciente, apoyado contra el hombro. Y el gato gigante está aún a cierta distancia, avanzando contra él a toda velocidad. Corre y corre, hasta que el estampido del arma le hace detenerse en seco, y vuelve a correr al tiempo que el fusil ruge de nuevo, los ojos amarillos llenos de rabia y las zarpas cruzadas mientras le impulsan en un último roce con la tierra blanda.

Despierto.

¿Qué significa este sueño? ¿Que mi amigo mortal está en peligro? ¿O, simplemente, que su reloj genético ha hecho su último tictac? A los setenta y cuatro años, la muerte puede llegar en cualquier momento.

¿Pienso alguna vez en David sin pensar en la muerte?

¿Dónde estás, David?

Huelo la sangre de un inglés.